



HISTORIAS DEL CONURBANO VEINTICINCO TUMBAS ESPERANDO UNA FLOR

Por Cristian Alarcón •

.....
• *Periodista del Diario Página/12.
Licenciado en Comunicación Social.
Investigador de vidas de chicos
ladrones del Conurbano Bonaerense y del
funcionamiento de un escuadrón de la muerte
en el Norte del Gran Buenos Aires. Premio
Estímulo al mejor periodista joven en
diarios, TEA 2001. Corresponsal de la
Sección Cultura de la Revista Cambio,
dirigida por Gabriel García Márquez.
E-mail: alarconcasanova@yahoo.com*

Carlos mira desde su esquina a los desconocidos que paramos hace media hora en la vereda del frente. A nuestras espaldas está el campito con unos monoblocks de fondo, adelante lo que quedó de la villa, y a la derecha el barrio con sus calles nuevas, modernizado por el asfalto y los frentes mejorados de las casas que fueron ranchos. En esa esquina vive Carlos desde que era un niño. Y por eso sabe que quienes estamos parados esperando algo con dos pibes del barrio en un auto, y con un remisero que tiene puesta una campera que lo hace parecer policía, no somos del lugar. Se acerca. Camina sonriendo desde su esquina, con parsimonia, y estirando, al acercarse, la mano para saludar.

-¿Qué tal? ¿Necesitan algo? Yo vivo acá enfrente, por ahí los puedo ayudar.

-Estamos haciendo una nota sobre el Frente Vital.

Víctor Manuel "Frente" Vital es en el barrio San Francisco de Asís, junto a la villa 25, un santo, el santo de los pibes chorros. A los dieci-

siete años había alcanzado una fama y un prestigio que nadie había conocido como ladrón en ese punto del norte del conurbano. No en vano fue el que robó ese camión de La Serenísima y llenó el barrio de lácteos, las cárceles de hormas de quesos impagables, los ánimos de los suyos del sabor de la revancha de clases que practicaba cuando repartía sus botines entre ellos. Pero el 9 de abril del '99 murió desarmado, escondido bajo la mesa de un rancho, en un pasillo de la villa y gritándole a los policías que bajaron la puerta a patadas y lo encontraron indefenso "no tiren, nos entregamos". Estaba con Luisito, un pibe de su edad miembro de lo que se conoció como la banda de los Bananita. El policía que los tenía a disposición hizo como que no escuchaba y disparó. Luisito alcanzó a intuir la muerte y saltó hacia la puerta del rancho, voló dos metros, hasta caer entre el cancel y el pasillo con una herida en la cabeza del tiro que le rozó el cuero cabelludo

pero no lo mató. A Frente en la autopsia le contaron cinco orificios de bala. Los testigos escucharon cuatro disparos. Uno de ellos le cruzó el inútil escudo que intentó con la mano cuando supo que lo fusilaban. Otro le atravesó el pómulos. Esos cuatro disparos y su nombre corriendo entre los ranchos golpearon en la villa como una declaración de guerra. "El Frente, cayó el Frente", y los pasillos que se llenaron hasta que la policía se vio encerrada y ni con cien efectivos consiguió aplacar la batalla que la muerte del pequeño ídolo había provocado.

Fotos

Ahora, dos años después y con un policía preso por el crimen, Carlos muestra como si fuera un sagrado corazón una foto de Víctor puesta en un marco y colgada en la habitación. Es un niño a punto de tomar por primera vez la hostia, con los labios entreabiertos y la mirada perdida en el cura que se la ofrece, lleno de beatitud. Cada uno de los vecinos tiene una igual en su casa. Cada uno cuenta cómo la tiene enmarcada, cómo de noche le hablan, cómo antes de salir a robar le dan un beso después de pedir protección. Sobre la tumba del ladrón en el cementerio de San Fernando hay una foto en un mármol y varias placas con mensajes, prolijas, impecables. Sobre esa tumba fuman un porro los pibes cuando lo van a visitar, sobre su lápida se encomiendan antes de un golpe, antes de un partido, sobre sus restos agradecen después rociando cerveza en las flores, dejándole los restos de lo fumado en la trompa de un elefante de porcelana. Bajo la cruz del sepulcro se escondió un pequeño ladrón para escapar de los tiros de una banda de la villa de enfrente, que ahora está oculta tras un paredón. Se le adjudican milagros, pero su especialidad es hacer que las balas policiales doblen, dicen los pibes.

Carlos conoce a Frente Vital desde que era un pendejito al que corrían a patadas en el culo y hacían pagar derecho de piso los que en

esa época se juntaban en la esquina. Puede hablar de él, admite. Pero en realidad tiene más para contar. "Quiero mostrarte una lista que tengo ahí -dice-. Acá, en estas pocas cuadras murieron más de veinte pibes desde que me acuerdo, yo las fui anotando, lo tengo todo guardado". El remisero que ya se sacó la campera del mal entendido le pregunta si es peruano. No, dice, esos colgantes que lleva son regalos de artesanos amigos. Carlos es artista, dice. Toca el órgano, estuvo en algunas bandas de bailanta, y tiene un personaje gracias al que saca unos pesos. Es un robot, el robot que juega con los chicos en plaza Francia los fines de semana. Con el pelo largo, una campera de jean, y colgantes peruanos Carlos parece un hippie refinado. Su casa es de madera y en medio de la austeridad se suben unos sobre otros los detalles, cuadritos, imágenes de revistas, posters, fotos, adornos. Allí me entrega su material. Son hojas de carpeta, cuadriculadas, escritas a mano y en una prolija letra imprenta.

Son catorce hojas escritas hasta los márgenes de un lado y del otro. "Aquí yo fui contando las muertes", dice. "Fueron demasiadas". En las hojas se suceden los nombres, los apodos, remarcados con la birome, los nombres de los caídos. Carlos también me muestra fotos. Y recortes de diarios. Son noticias policiales con fotos de cuerpos tirados sobre el asfalto. En las fotos son casi todos niños. Tiene una de la comparsa "Los Cometas de San Fernando". Son unos treinta chicos encimados, abriendo los brazos, extendiendo el brillo de sus levitas fucsia, sonriendo a la cámara del carnaval. De ellos quedan muy pocos, cuenta. Podría con la foto reconstruirse la historia. Con sólo hacer un círculo en cada uno y apuntar su muerte se iría completando, así como ahora él lo hace señalándolos con el dedo a medida que resume sus finales.

Pero la historia está escrita. Él decidió inscribirla. Él no pudo evitar llevar un registro. Desde que murió el primero comenzó a ano-

tar. No mucho, sus portes, el color de sus ojos, los rasgos, algunos detalles, y la forma en que murieron, las circunstancias de sus muertes. Nunca las había mostrado pero ahora las entrega, me da sus originales con el compromiso de devolverlos y no me pide nada a cambio. "Podés hacer con esto lo que puedas", me dice y se desprende de esas muertes como en el final de un homenaje. Aquí se reproduce parte de ese texto, parte de la historia de una esquina del barrio de San Francisco, una historia larga por sí sola, pero demasiado larga si sólo multiplicamos esa esquina por todas las esquinas como esa en las que la sangre ha sido derramada tantas veces que no se pueden contar.

Los papeles de la memoria

La cuadra en la que vivió Víctor Manuel Frente Vital está llena de muertes. La de él fue en la villa la más repudiada, la muerte que no pudieron soportar. Así era Frente.

Esto es un pequeño homenaje que me gustaría rendirle a todos mis amigos que fallecieron bajo las balas de las metrallicas de la policía. Algunos de ellos eligieron suicidarse, otros murieron por accidentes y otros en peleas callejeras.

Nueve de ellos murieron en las calles de mi barrio o sea las mismas calles que ellos vivían o caminaban todos los días y jugaban cuando eran niños.

Las calles son las siguientes: French y General Pinto, que es donde yo vivo y las otras calles son Las Tropas, Sarratea, Berutti y Quirno Costa.

De todos los chicos que voy a nombrar, la mayoría formaban parte de la delincuencia juvenil de nuestros días y cuando me refiero a la mayoría, quiero decir que no todos andaban por mal camino.

Las dos chicas que nombro en esta trágica historia no andaban en nada raro pero el destino quiso que una perdiera la vida por accidente y otra se suicidara, ambas con armas de fuego.

Creo que en todo esto tuvo

mucho que ver la desocupación, las malas compañías, la falta de afecto, la miseria que existe en los barrios marginales y sobre todo algo que está destruyendo a una gran parte de nuestra sociedad que es la droga, que te destruye tanto mentalmente como físicamente.

Muchos de estos chicos que cayeron bajo las balas policiales se encontraban alcoholizados o drogados, con algunos de ellos crecimos juntos, a otros los vi crecer. Dios mío, eran demasiado jóvenes para morir. Algunos de ellos no llegaban a los 20 años.

La mayoría de ellos paraba en mi casa, porque tengo un pequeño kiosco. Compraban cervezas y gaseosas, se sentaban en un banco de cemento que está en la vereda, y bebían tranquilamente. Tres de estos chicos dormían a veces en mi casa porque dos de ellos eran mis cuñados y el otro no tenía dónde ir y vivió casi un año en casa.

Algunos de los chicos que voy a nombrar más adelante no murieron en el barrio, pero sí en los alrededores, como Tigre, General Pacheco, Virreyes, Don Torcuato, y por supuesto en San Fernando.

De mis 25 amigos que perdieron la vida trágicamente 14 eran integrantes de la comparsa "Los cometas de San Fernando" en la cual me incluyo porque fueron muy buenos compañeros más allá de que hayan elegido un camino equivocado.

También hay muchos que cayeron heridos de bala de los cuales algunos quedaron rengos, inválidos y otros están privados de su libertad. Mientras que otros después de purgar varios años de condena recuperaron su libertad.

Sí, yo lo sé, parece el lejano oeste, pero esto pasó aquí en mi barrio, entre las décadas del ochenta y del noventa. Hay nombres y apellidos, y hay fechas exactas y 25 tumbas esperando una flor.

Aquí están los nombres y sobrenombres de los cuales paso a tratar de detallar cómo perdieron la vida.

Papilo

Pierde la vida en un enfrentamiento contra la policía al intentar

asaltar el Mikos Hotel ubicado en la ruta 202 acceso norte en San Fernando. Tenía 21 años, él no era del barrio, pero estuvo un par de veces en casa ya que nos conocíamos de la comparsa. Era morrocho, de cabello lacio, usaba flequillo y tenía el pelo corto, de estatura normal. Era flaco, muy flaco, y con una nariz prominente. Yo en vez de ponerle Papilo le hubiese puesto Mosquito. Fumaba mucho y tenía los brazos llenos de tatuajes. Era ubicado y respetuoso, me dolió mucho cuando me enteré que lo habían matado. 1983.

Taty

Se llamaba Gustavo Fabián Altamirano. Pierde la vida en una pelea callejera al recibir un balazo en la frente de grueso calibre. Hacía poco tiempo que había salido de cumplir una condena de tres años por robo a mano armada. Tenía 19 años. También fue integrante de Los Cometas. El sí era del barrio, casi crecimos juntos.

Todo comenzó cuando un grupo de unos 9 muchachos llegó una tarde de verano al barrio. Venían de La Paloma, un barrio que pertenece a General Pacheco. Todo parecía prever que venían en son de guerra porque uno de ellos venía con los fierros en la mano (revólveres) y eso fue como una provocación o una incitación a la violencia. No hay cosa peor que alguien de otro lado entre a tu propio barrio haciéndose el Rambo. El que traía los fierros en las manos tenía una chica en el barrio. Ese día nos juntamos 4 o 5 muchachos y hablamos con ocho de ellos. Les dijimos que nosotros también teníamos armas y que estábamos preparados para lo que sea, cosa que también era verdad. Nos dijeron que ellos no querían problemas, que el otro, el de los fierros, los había traído engañados. Que en ese momento estaba en la casa de la novia en General Pinto y Sarratea. Después de hablar con los muchachos de La Paloma tomamos un par de

Oficios
Terrestres

La Revista Académica
de la Facultad de Periodismo
y Comunicación Social de la UNLP

Miembro de la Red
Iberoamericana de Revistas
de Comunicación y Cultura

www.perio.unlp.edu.ar/produccion/oficios.html
E-mail: oficios@perio.unlp.edu.ar

Distribuye: La Crujía www.lacrujia.com.ar

cervezas con ellos y decían que no tenía nada que ver que nos matáramos entre nosotros. Nos dimos la mano uno por uno y con un "está todo bien loco", se fueron tranquilamente. Pero quedó uno, el que tenía todos los fierros y eso molestó mucho. Nos sentíamos ofendidos y queríamos una explicación. La casa donde estaba "el mono de La Paloma" era una casilla de madera, una prefabricada. Todos le gritaban que saliera. Queríamos hablar con él, que no se refugiara en las mujeres y los niños que estaban adentro. En ese interín, Taty, que estaba medio alcoholizado, desclava una de las maderas de la pared que daba a General Pinto, se asoma por la abertura que queda al sacar la madera y desde adentro recibe un disparo de grueso calibre en el mediodo de la frente, cae herido de muerte. Junto con otro muchacho lo levantamos, lo llevamos hasta la otra cuadra, paramos un coche y se lo llevó al hospital donde dejó de existir.

Camerún

Se llamaba Fernando Vargas. Empezó como todos los chicos que toman el mal camino, empezó robando pavadas y luego cosas de más valor, cuando probó la droga ya no pudo parar. Su familia se dedicaba a juntar cartones, con carro, a caballo, cosa que él también hacía hasta que anduvo en malas compañías y eso fue su perdición. De cosas menores pasó a robar coches y lo más cómico era que se paseaba por el barrio con un auto distinto casi todos los días. Era más que morocho, tenía el cabello lacio, ojos achinados, siempre andaba con una sonrisa en los labios. Sabía respetar y a su vez era muy respetado por sus compañeros de armas. Le gustaba vestirse bien, con camperas de cuero y pantalones y zapatillas nuevas. Creo que eso se debía a que cuando era un niño andaba semi desnudo y descalzo. Cuando era más grande salía a robar bajo los efectos de la droga. Una vez le dieron un tiro en la espalda, lo salvó que estaba drogado y empastillado.

Eso fue lo que lo mantuvo con vida. A muchos de los chicos del barrio los hirieron en ese estado, ya sea la policía o en peleas callejeras y todos los que hablaron conmigo, que fueron unos 9 o 10 me contaban lo mismo, que sentían un fuerte golpe al recibir un impacto de bala y que podían seguir corriendo o caminando según donde les pegaran. Y decían que eso los salvaba de caer desmayados, el alcohol y la droga que tenían encima les daba la fuerza suficiente para mantenerse en pie.

En el barrio había, y hasta ahora hay, esos malditos informantes de la policía, o los buchones como ellos los llaman. En este caso una buchona mandó al frente al negro Camerún. Todo el barrio sabía que ella trabajaba con la cana. Todos los días paraban los patrulleros en su casa, ahí estaban los jefes de calle y la manga de policías corruptos y asesinos. Un día Camerún roba un auto en un barrio que se llama Infico, que es de departamentos y un auto de civil con dos policías lo sigue. Camerún se da cuenta y se manda a toda velocidad. Pero es alcanzado y acribillado a balazos en el acceso norte en Tigre. Durante el velatorio los familiares abrieron el cajón que estaba cerrado y vimos que le habían volado la mitad de la cara de un Itacazo.

El Rubio

Se llamaba José Vega, vivía a media cuadra de casa, sobre la calle General Pinto. Una noche de navidad, él y su mejor amigo de la infancia Rubén, el hermano de Taty, tienen un altercado con un profesor de defensa personal. Pero Chiki que estaba en la vereda de mi casa sacó un arma y los otros también las sacaron y hubo intercambio de disparos. Uno de los tiros fue a dar a la boca del estómago del Rubio. Lo sentaron en una de las sillas de la vereda de mi casa, llamaron un coche y lo llevaron al hospital de Tigre. Estuvo cuatro días con vida. Un día fuimos a verlo. Todo el tiempo se sonreía

cuando le decíamos que las chicas lo extrañaban. Después vino un patrullero a decir que había muerto.

Samuel

Este pibe vivía a unas seis cuadras de casa pero paraba en nuestro barrio. Dicen que le sobraba coraje para enfrentarse a tiros con cualquiera que sea. Una vez, me contó un compañero de él que salieron a trabajar. Era de noche y entraron a un tipo a una cuadra de la vía. Samuel, que era el que llevaba el arma, lo encañonó. Resulta que el tipo era policía. Se enfrentaron a balazos a menos de dos metros de distancia. El milico resultó más flojo. Se arrojó sobre un montón de escombros que estaban sobre la vereda y comenzó a gritar que lo habían herido, cosa que era mentira porque el muy cobarde fingía. Pero Samuel lo perdonó. Al poco tiempo Samuel fue a asaltar un colectivo donde viajaba un policía de civil y sin decirle nada lo acribilló a balazos. El era muy bajito, el pelo largo le cubría la carita de niño travieso. Si no lo conocía jamás hubiera pensado que era un pequeño ladroncito. El también paraba en el kiosco de mi casa, pero nunca salió con la comparsa. Cuando murió tenía 16 años.

Cuervo y Laly

Laly también fue de "Los cometas de San Fernando". Ellos un día se juntaron y planearon un asalto, tenían día, fecha y hora. Los integrantes eran cuatro pero uno no se presenta entonces lo hicieron el Cuervo, Laly y un viejo que no conocí. Dieron el golpe en General Pacheco y se vinieron con toda la plata. Agarran la ruta 9 hasta la 26. Cuando llegan al puente Guasambí los estaban esperando casi todos los móviles policiales de Tigre. Detrás de ellos venían los milicos de Pacheco. Frenaron arriba del puente, levantaron las manos arriba pero eso no alcanzo, no fue suficiente para que no los acribillaran a balazos a los tres. El Cuervo

era un tipo alto, narigón, de cutis blanco, no se metía con nadie.

Poty

Fue otro de los chicos del barrio que se llevaron los años 90. El también, así como Miguel, el Alto y el Zurdito tenía berretines de gran pistolero. Andaba robando, sí, pero baratijas, cosas sin valor. El Poty no tenía pinta de ladroncito, parecía uno de esos chicos que recién termina la primaria. Una vez estuvo preso por robar una moto. Le dieron un par de meses, pero cuando lo veían los presos caminando por los pabellones se reían de verlo. Parecía un enanito. Si tenía aires de pistolero antes de ir preso cuando salió era un pichón de Al Capone y eso lo llevó a que termine con un tiro en la cabeza cuando se tiroteó con la policía. Fue cuando robaron un local de Virreyes, fue con un compañero a hacer un comercio deportivo. Los persiguieron y le dieron. Estuvo en estado vegetal casi una semana. Pero fue. El era muy bonito y tenía muy buena voz para cantar. Siempre cantaba en los bares con su padre, un buen guitarrista. El no tenía problemas de chico, siempre bien vestido y muy limpito, pero después cayó en el mal camino por el tema de la droga. El también fue integrante de "Los Cometas de San Fernando".

Fredy

Hacía poco tiempo que había venido a vivir al barrio. Desde que lo conocí casi no hubo un día que no estuviera drogado o borracho. Casi siempre me pedía fiado y siempre me daba, cuando conseguía dinero me pagaba. Una noche estaba con tres amigos más cuando de repente aparecieron tres tipos que dijeron que eran policías y dispararon a quemarropa. Estaban en uno de los pasillos que dan a la calle French. A dos les dieron en las piernas y a él en las piernas y en el cuerpo. Se murió desangrado.

La gorda María Marta

Le decíamos así porque se parecía a la cantante María Martha Serra Lima. Vivía a una cuadra de casa, en Berutti. Era una gordita encantadora, nunca anduvo en cosas raras pero tenía problemas en la casa. Lo cierto es que tomó la trágica decisión cuando estaba sola en su pieza y se metió una escopeta en la boca. Ella era muy grande, era de un cuerpo como el de la cantante, y esos rulitos y el cutis blanco. Era muy alegre y simpática, era una gorda macanuda. La última vez que la vi estaba en la esquina de su casa. Cuando pasé cerca de ella me dijo "Flaco, no tenés un cigarrillo". "No, recién acabo de tirar el último, disculpame", le dije. Ella me respondió: "No, por favor". Esas fueron las últimas palabras que intercambié con ella.

Maikel y Miki

Vivían en el barrio Almirante Brown, los dos fueron integrantes de la comparsa Los Cometas. Eran muy buenos chicos pero la droga, y la miseria, la falta de afecto, fueron un poco los culpables de lo que les sucedió. Maikel va a hacer un trabajo con un compañero, les sale mal y su compañero se asusta y lo deja pagando. A Maikel lo acribillan a balazos. Tenía 22 años, cara de tonto y se había pelado a causa de una enfermedad. Miki era casi vecino de Maikel. Nos conocimos en la comparsa y además yo salí tres años con una piba de su barrio. El también andaba robando, no le tenía miedo a nada ni a nadie. Era capaz de tirotarse con dos patrulleros a la vez. Miki tenía cutis blanco, de estatura normal y era hermoso. Tenía cara de nena, parecía un chico sacado para una propaganda de televisión. Sólo él sabe lo que se pasó por su mente el día en que se encerró en la pieza, tomó una escopeta y se pegó un tiro en la boca. Se mató como la gorda María Marta.

Miguel El Alto

Se llamaba Miguel Angel Bogado, le decíamos Miguel El Alto o El Manco Miguel, porque le había quedado un brazo inválido a raíz de un par de balazos que le habían pegado un año antes. Se encontraba tomando una cerveza con otro muchacho cuando de pronto llegó un auto con cuatro muchachos en su interior. Bajaron con las armas en las manos y le dijeron a los dos que estaban con Miguel que se fueran. Uno de ellos, que se llamaba Horacio, con el que no se qué problemas habrían tenido, le apuntó con el arma y le encajó dos tiros en el cuerpo y uno en el brazo. Y se escapó. Miguel quedó tirado en un pasillo de General Pinto y Sarratea y mientras sus amigos van a buscar un coche me quedé con él. Él me decía que se moría, que ya no aguantaba más. Estaba bañado en sangre y yo también. Al tenerlo abrazado para que no se cayera estuvimos sentados en el suelo más de veinte minutos. Era de madrugada. Pasó el tiempo y le ganó a la muerte. Se salvó raspando. Miguel El Alto también andaba robando y había estado en la cárcel. Salió con unos humos de pistolero que se quería comer a cualquiera. Era muy fanfarrón, siempre contaba los asaltos que hacía cuando un buen ladrón no hacía eso, al contrario los buenos ladrones son muy reservados. Un día planearon un asalto a un cobrador en General Pacheco. Eran cuatro en la banda. Le sacaron el dinero y el coche. Miguel y uno se van en otro. En la 197 y las vías del ferrocarril chocaron con una camioneta. Miguel murió en el momento, su compañero en el hospital de Tigre.

Chinito

Se llamaba Jorge Antonio Ubeda. Cuando tenía diez u once años vivió en casa más de un año. Su casa era muy precaria, su padrastro era muy alcohólico y de muy chiquito lo mandaba a robar. Él lo acompañaba y lo esperaba en una esquina. Chinito se metía por las ventanas cuando no había nadie

en las casas. El padrastro vendía lo que sacaba y se hacía un buen asado y lo demás se lo gastaba en vino. En casa lo tratábamos como a un hijo más. Después de mucho tiempo la madre vino a mi casa y se lo llevó porque el padrastro lo precisaba para llevarlo a robar. Así pasó su corta vida. Después de un tiempo con uno de sus hermanos robaron a mano armada un kiosco, estaban los dos drogados. Cuando van saliendo con un par de billetes y unas monedas el kiosquero le encajó un tiro en la espalda, le perforó el pulmón, su hermano se asustó y salió corriendo, él murió a dos cuerdas de su casa, en la calle Pablo Nogués. Era morocho, petiso, achinado, contaba que su padre verdadero era un japonés que tenía un vivero.

Cinco puñaladas

El narrador de estos hechos reales a sangre y fuego también fue testigo de un horrendo crimen del cual pasará a contarles porque todavía están grabadas en mí las imágenes de aquella fatídica madrugada.

Fue un jueves a las cuatro y media de la madrugada. Estaba en mi casa estudiando lecciones de órgano cuando sentí gritar y reír a un grupo de muchachos. Salí hasta la puerta de calle y vi que iban a media cuadra caminando abrazados, tomaban vino o cerveza, no alcanzaba a ver lo que llevaban en la mano. Eran unos seis muchachos, todos jovencitos, festejando el triunfo de no sé qué cuadro de fútbol. Entré a mi casa, seguí estudiando. No deben haber pasado ni veinte minutos cuando escucho otra vez los gritos pero ahora de pelea. Las voces eran cada vez más cercanas y fuertes en la calle French y General Pinto. Volví a salir. Vi a los seis que habían pasado antes, no los conocía. A uno lo corrieron hasta la esquina de mi casa, pero ese ya tenía un balazo en el estómago, pensé en que era raro porque en ningún momento de la pelea se escuchó un tiro. Al salir

uno de los dos muchachos corriendo el compañero quedó solo con los otros cuatro. Todavía puedo escribir los locos diálogos que mantuvieron antes de empezar a pegarle, que era lo que creía que le iban a hacer:

El que había quedado solo le decía a uno de la patota:

-iEh, guacho, no pasa nada, yo no quiero pelear con vos!

Y el otro le decía:

-iEh, cómo guacho la concha de tu madre! Yo no soy ningún guacho y vení a pelearme porque te voy a romper la jeta.

-No vieja, yo no quiero pelear, con vos está todo bien.

Los otros:

-iRompele la cabeza! iPateale la cabeza!

-Eh, vieja, estuvimos chupando juntos, yo no quiero pelear con ustedes.

Era verdad, se conocían, porque los vi a todos abrazados y riéndose.

Entonces alcancé a ver al que discutía con el chico que había quedado solo y vi cómo le pegaba una trompada atrás de otra. Vi entonces que los otros tres le empezaron a pegar patadas, trompadas, y siempre uno de ellos que le daba con toda la furia con algo en la mano que parecía una piedra. El chico estaba arrodillado, entonces al ver que entre todos le estaban pegando atiné a abrir el portón para decirles que lo dejaran cuando de repente los cuatro salieron corriendo y gritando. "Vamos, vamos, dejalo, corran, corran, vamos" y se fueron corriendo por la calle General Pinto. En ese interín vi al chico arrodillado, con una pierna sobre la vereda y la otra sobre el asfalto. Se paró y comenzó a caminar hacia la esquina de mi casa. Entonces me quedé más tranquilo y dije para mí "menos mal que no lo golpearon tanto porque si no no se hubiera podido levantar". Yo seguí parado en el patio de mi casa, mirando para la calle. El chico cruzó para mi vereda, pasó pero no me vio. Al pasar cerca mío lo escuché llorar y como que se ahogaba. Pensé que solamente lloraba pero cuando terminó de pasar delante

mío vi que en la espalda tenía una gran mancha roja. Me di cuenta que el que le pegaba con tanta furia no le pegaba con una piedra sino que le aplicaba certeras puñaladas.

A todo esto, todos dormían, mi familia y los vecinos. Cuando vi que el chico camina por Pinto y dobla en la esquina de mi casa y toma por la calle French. Entré corriendo a mi casa para ponerme las zapatillas porque andaba en ojotas y salí a la calle, me di cuenta que estaba muy mal herido. Mi intención era ayudarlo. Miraba para todos lados y no lo encontraba. Lo busqué, detrás de unos coches que estaban estacionados pero todavía era de noche y no lo veía. Hasta que de repente, a media cuadra, sobre la calle French, vi a alguien tirado. Cuando lo vi tenía una profunda puñalada en la garganta. Estaba casi degollado, se estaba ahogando con su propia sangre. Le dije:

-Papito, ¿qué te hicieron hermanito? ¿Qué te hicieron? -mientras veía cómo se le escapaba la vida.

Se siente mucha impotencia cuando se está solo ante alguien que se está muriendo. No había nadie. No había un coche, alguien despierto, la policía. Fui a buscar a mi sobrina, que vive enfrente, para que llamara a una ambulancia, a la policía, pero no venían. Entonces fuimos al comando que está a dos cuerdas de mi casa, pero ahí estaba el amigo del tiro en el estómago y todavía no lo habían atendido. Cuando volvimos el chico ya estaba muerto, rodeado de algunos familiares míos y otros vecinos. Esperamos. Llegó la policía. Me llevaron de testigo. Les conté todo lo que relaté en esta trágica historia. Me preguntaron si conocía a los autores del asesinato. Les dije que no. Estuve declarando más de tres horas. El muchacho tenía cinco puñaladas, cuatro en la espalda y una en la garganta. Lo sé porque el forense lo revisó adelante mío. El chico tendría entre 17 y 19 años. Cayó herido de muerte en las calles French y General Pinto ◀